10.2/6639

2-11-45

(Cuartillas leidas en el homenaje al escultor Francisco Albert)

En ese mapa de Alicante de las viejas litografías, con su pareja de jijonencos y el muestrario de los productos de la tierra; en ese viejo mapa en que nuestra provincia, teñida de rosa, parece por su forma, y también por su color, una raja de sandía, hay un puntito, como una pequeña pepita, cerca del corazón de la sandía. Ese puntito es Pinoso. Pinoso es un pueblecito de Azorín. Pueblo donde la tierra tiene sed y los hombres no. En Pinoso falta agua, pero no falta vino. Un vino fuerte, cargado de sol alicantino, de energía cósmica, pero de él sólo ha recibido bienes y dichas la humanidad. Se parece, sin embargo, a la bomba atómica, no sólo por su potencia, sino también porque el Pinoso guarda el secreto de su vino. Es un secreto de su tierra y de su sol, que son dominios inescrutables y maravillosos. Todo esto sirve para definir el vigor de una obra que hoy nos congrega en torno de esta mesa, para festejar a su autor, que es un hombre del Pinoso. Así se explica que Francisco Albert sea un escultor de 18 grados, es decir, dueño también de la fuerza de nuestro sol y de la vitalidad de nuestra tierra. Sin esa fuerza y esa vitalidad no hubiera logrado realizar su obra. Escojamos una de ellas: su "Dama de Tenoxtitlán" labrada en obsidiana. Para comprenderla hay que volver a la parábola de nuestra tierra alicantina. ¿Creéis que aquel sol puede ser domado por la violencia, que aquellos campos pueden ser fecundados por la iracundia? No. El hombre emplea, para adueñarse de ellos y captar sus esencias, un arte sublime. Cierto que es heredero y continuador de una vieja civilización, y esto lo explica todo. Ved a un labrador alicantino. Su obra parece alentada por el afan creador de la inspiración. Con su azadón remueve dulcemente la tierra, hurga hasta sus entrañas, no para herirlas, sino para acariciarlas, en busca de la humedad recóndita, que lleva, esponjando sus terrones, hasta las raíces del árbol o de la vid. Parece, por el gesto amoroso, un acto nupcial. Es el hombre venciendo a la naturaleza por su genio,

que sabe es obra de siglos. Así Francisco Albert ha vencido la materia más dura con los gestos más suaves y delicados. La obsidiana se resiste al golpe seco del cincel, pero no al paciente labrar del artista. Por eso recordaba yo al labrador alicantino. La obsidiana, como nuestro sol y nuestra tierra, no se deja vencer por la violencia, sino por la caricia. De ahí la fuerza del hombre de nuestra tierra, heredero, como digo, de una vieja civilización.

Y así tenemos la imagen del artista acariciando su obra, que es por ello esencialmente femenina -conquista del hombre. Y así se logra esta nueva "Dama de Elche," que Albert llama de Tenoxtitlán, para decir que su amor y su arte de hombre del Pinoso, de alicantino esencial, se ha hecho carne de obsidiana en el milagro mexicano.

Comprenderéis que no he pretendido en estas líneas examinar toda la obra maravillosa del artista, sino recoger simplemente un perfil, una impresión, una emoción. Nuestra mirada vuelve ahora a Alicante, a la raja de sandía de la vieja (estampa) litografía. Y a la pepita que lleva escrito el nombre del Pinoso. Sin esta contemplación silenciosa en nuestras noches de destierro, cuando las estrellas de Alicante viajan por el cielo de México, no hubiéramos comprendido el arte y la obra del escultor Francisco Albert.

Carlos Esplá

21-XI-45.